

Terminada así la conferencia, el general Ortega puso inmediatamente en conocimiento del Gobierno los puntos que se habian tratado en ella, haciéndole saber la contestacion que habia dado á todas las observaciones que se le habian hecho. La contestacion del presidente D. Benito Juarez, dada por medio del ministro de la Guerra D. Miguel Blanco, fué la aprobacion plena de su determinacion.

Los trabajos de zapa continuaron con toda actividad así por los sitiados como por los sitiadores los dias 22, 23 y 24 de Abril, y las baterías de ambas partes lanzaban sus proyectiles sobre sus contrarios, causando estragos en los puntos en que caian.

En esos dias recibió el general D. Jesús Gonzalez Ortega una carta de D. Ignacio Comonfort en que le manifestaba la profunda pena que sentia de no haber podido socorrer á la plaza con víveres y municiones, como ardentemente anhelaba, y la tristeza que habia experimentado al ver fracasado el proyecto del general Rivera en los momentos de aproximarse á Puebla con las provisiones de harina. Comonfort concluia su carta excitándole á que tomase los víveres y dinero que hubiera en Puebla, aunque fueran de propiedad particular (1).

1863. Entretanto, el fuego de cañon seguia entre los sitiados y sitiadores, y pesadas bombas y granadas eran lanzadas al centro de la ciudad. Así llegó la tarde del 24 de Abril. Un fuerte aguacero que empezó á caer y que continuó por largo tiempo, parecia

(1) Parte general de Ortega al Gobierno.

haber calmado el ardor de los combatientes. No sucedió sin embargo así. A las seis de la misma tarde, y cuando apenas habia cesado el agua, los sitiadores, por medio de varias minas que habian logrado hacer sin que los sitiados descubrieran sus trabajos, hicieron volar una calle de la manzana de Pitimini, ocupada por las fuerzas de Toluca que mandaba el coronel Padrés, comprendida la expresada manzana en la línea que defendia el general Berriozabal. La explosion fué espantosa, y una gran parte de la tropa que defendia aquel punto, quedó sepultada entre los escombros de uno de los edificios que vinieron á tierra. Esto, sin embargo, no amenguó el valor de sus compañeros, que continuaron batiéndose con decision. El fuego de la artillería se generalizó por una y otra parte durante la noche, y el general Ortega envió á varios de sus ayudantes y á otros jefes de alta graduacion, para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa que habia visto quedar sepultados á sus compañeros. Los informes fueron satisfactorios, y el general en jefe siguió dictando las disposiciones que juzgó necesarias para la defensa de los puntos de la línea que juzgaba amenazados.

A las cinco y media de la mañana del inmediato dia 25 de Abril, el fuego de cañon fué aun mas constante y activo: los que servian las baterías en una y otra parte, redoblaron sus esfuerzos, y todo presagiaba un próximo asalto de parte de las tropas francesas. Pocos momentos despues hizo la explosion otra mina practicada por los sitiadores bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, causando terrible estrago. El coronel D. Miguel Auza

que defendía aquel punto, arengó á sus soldados y continuó en su puesto, oponiendo una vigorosa resistencia, al mismo tiempo que dió aviso del suceso acaecido al general en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega. Este le contestó, por medio de uno de sus ayudantes, que dentro de algunas horas y tan luego como cesara el vivo fuego de cañón que los contrarios hacían para allanar los escombros con su artillería, sufriría sin duda un asalto; y que siendo el edificio de Santa Inés uno de los mas fuertes que formaban la línea, rechazara al enemigo, ó defendiese el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con las tropas que tenía á sus órdenes; asegurándole al mismo tiempo que, por su parte, esto es, por la del expresado general en jefe, estaría pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaría dentro de poco.

La respuesta de D. Miguel Auza, que era uno de los militares mas valientes que tenía la plaza, fué: «que las órdenes que acababa de recibir quedarían exactamente cumplidas.»

D. Jesús Gonzalez Ortega, persuadido de que el asalto no tardaría en verificarse, situó á la derecha de Santa Inés á sus ayudantes Diaz, Ortega y Garcia Llamas, con el objeto de que le informasen, con cuanta brevedad fuera posible, el momento en que el ejército francés lanzase sobre el edificio sus columnas de asalto. Pronto se vió á éstas dirigirse á tomar la posición; y avisado el general en jefe de aquel movimiento, ordenó que parte de las reservas generales que se hallaban apostadas en la Plaza de Armas, al mando de los generales Negrete y Prieto, re-

forzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñado el combate, las fuerzas francesas, por todo el frente de la línea de los sitiados y con un arrojo inaudito, marchaban con paso firme sobre los parapetos de los defensores de la plaza, sobre los muchos puntos no fortificados, y sobre aquellos en que su artillería había abierto extensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podía distinguirse cuando alguna ráfaga de viento disipaba la oscuridad que producía el humo del combate (1).

Los defensores del punto fortificado de Santa Inés luchaban con admirable decisión, alentados por sus bravos jefes y el valiente coronel D. Miguel Auza, á quien se le veía siempre en los sitios de mayor peligro. Allí se hallaba también el joven y denodado oficial de ingenieros D. Francisco Beltran, de quien ya tengo hecha mención en páginas anteriores, combatiendo con decidido arrojo, después de haberse ocupado de algunas obras de defensa. Los franceses acometían con extraordinario ímpetu, y el combate se hizo tenaz y sangriento en Santa Inés. Una de las piezas de artillería con que avanzaban, desplomó con sus disparos una parte del edificio, entre cuyos escombros quedó envuelto el coronel D. Miguel Auza, y de los cuales le sacaron, despreciando el peligro, algunos valientes soldados de Puebla y de Zacatecas. Los asaltantes penetraban en esos momentos en el edificio, emprendien-

(1) Así lo dice exactamente el general Ortega al Gobierno en su parte oficial.

dose dentro de él un combate á quema-ropa. El bravo y entusiasta oficial de ingenieros D. Francisco Beltran, cayó gravemente herido, atravesado el costado izquierdo por una bala; herida de que afortunadamente llegó á sanar perfectamente. Otros varios oficiales y soldados cayeron al lado de él, combatiendo con no menor denuedo.

1863. El general en jefe envió nuevas fuerzas al
Abril. mando de los coroneles Escovedo y García, en auxilio de los defensores del punto atacado, que se veían arrollados por los asaltantes que habian penetrado ya en una parte del edificio, esforzándose en tomar la otra que la defendian con denuedo los sitiados. En los momentos críticos en que el desaliento empezaba á apoderarse de los soldados que defendian el punto al ver muertos y heridos á muchos de sus bravos oficiales, se presentó en el átrio de Santa Isabel, desenvainada la espada y poseido del mas ardiente entusiasmo, el jóven teniente coronel D. Jesús Lalanne, á quien pudiera darse el honroso epíteto del valiente entre los valientes. Al encontrar á la tropa en bastante confusion y que, perdida la moral, retrocedia ante los asaltantes, les dirigió palabras de entusiasmo que reanimaron el espíritu del soldado, y diciendo que el que en algo estimase la honra le siguiera, marchó al encuentro de los franceses para disputarles el paso. La tropa, electrizada por las palabras del animoso jóven, le siguió resuelta á morir ó rechazar á los asaltantes, y se lanzó sobre éstos con ímpetu terrible. Los franceses trataron de resistir el empuje de sus contrarios; pero fueron arrollados del primer patio, á pesar de sus esfuerzos. Entonces Lalanne subió con los que á su lado combatian, á los pisos altos

del edificio, desde donde dominaban á los zuavos franceses que eran los que habian dado el asalto. El combate se hizo entonces terrible. El general en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega envió nuevas fuerzas en auxilio del punto atacado, contándose entre ellas doscientos hombres del primer batallon de Toluca, pertenecientes á la division del general Berriozabal y que mandaba el coronel Caa-maño, y el segundo batallon de Puebla, al mando del coronel D. Juan Ramirez.

En los momentos en que el batallon de zuavos franceses, que habia penetrado en el edificio de Santa Inés, luchaba heroicamente sufriendo el nutrido fuego de fusilería que le hacian de los pisos altos, de las escaleras y de las ventanas, así como del otro punto inmediato al primer patio, una gran parte de la pared del convento donde estaba practicada la brecha, se derrumbó, tapando ésta, dejando á los franceses que habian penetrado, sin retirada, acribillados por las balas que la fuerza que dominaba el patio disparaba sobre ellos, sin poder recibir refuerzos porque la brecha se hallaba cerrada, y envueltos por la fuerza del batallon de Toluca y el batallon de Puebla que, como he dicho, habian ido poco antes en su auxilio, y que llegaron en aquellos instantes. Cercados por todas partes los zuavos, viéndose sin retirada, reducidos al estrecho espacio del patio á que habian penetrado y de un salon, heridos casi todos, fatigados los pocos que se encontraban buenos, y sin esperanza alguna de socorro, se rindieron, porque hubiera sido estéril toda resistencia.

El combate duró mas de siete horas, al fin de las cua-

les, los defensores de la plaza quedaron dueños absolutos del punto disputado. El número de zuavos que se rindieron, los cuales pertenecian al primer regimiento, ascendia á ciento treinta, incluso siete oficiales (1). «Los franceses», decia D. Jesús Gonzalez Ortega en su parte al Gobierno, «han peleado como leones, y cayeron prisioneros cuando ya pisaban sobre cerca de cuatrocientos cadáveres de sus compañeros» (2).

Numerosas fueron las pérdidas que en muertos y heridos tuvieron los sitiados en la heroica defensa que hicieron de Santa Inés. El valiente coronel D. Miguel Auza que, como dejo referido, quedó envuelto entre escombros, de donde lograron sacarle algunos soldados, quedó gravemente maltratado por las contusiones que habia recibido, aunque no quiso que durante la accion le sacasen del edificio combatido, á fin de presenciar, sin esquivar el peligro, el éxito del combate; del jóven capitán de ingenieros D. Francisco Beltran que se presentaba siempre en los puntos de mas peligro, ya he dicho tambien que cayó herido gravemente atravesado el costado

(1) Parte general de Ortega al Gobierno de D. Benito Juarez.

(2) El hecho que dejo referido del teniente coronel D. Jesús Lalanne lo he tomado de una de las notas manuscritas que pone el oficial que anotó, como tengo referido varias veces, el parte general de D. Jesús Gonzalez Ortega. Al tocar lo que éste dice en su parte respecto á los acontecimientos del ataque al fuerte de Santa Inés, dice en la nota: «El parte de Ortega está lleno de equivocaciones, y para tener una idea de lo que pasó en esa gloriosa jornada, hay que recurrir á los partes oficiales rendidos por los jefes de los puntos atacados.»

izquierdo por una bala. Pues bien, á estos y otros muchos oficiales subalternos, heridos unos y muertos otros luchando valientemente, hay que agregar los nombres de algunos otros que se contaron en el número de ellos. El coronel D. Rafael Nogueyra, muerto al frente del batallón de Michoacan que mandaba; el comandante de batallón D. Mateo Salas que tuvo el mismo honroso fin, animando en el combate al batallón n.º 3 de Zacatecas; el capitán D. Timoteo Rincon, ayudante del general en jefe; el comandante de batallón D. Carlos Galindo, herido gravemente; el pagador D. Miguel Márquez, muerto; el segundo ayudante D. Ignacio Mendez, muerto tambien; y el teniente D. Margarito Moreno, herido gravemente.

Los sitiados trataron á los prisioneros de una manera humanitaria y noble, que manifiesta los generosos sentimientos que abrigan los hijos de aquel hermoso país. A los oficiales se les volvieron las armas de que se les habia despojado en el instante de haberse rendido, y se les colocó en los edificios mas cómodos y decentes que pudieron encontrarse en el acto. Respecto de los soldados zuavos, el general D. Jesús Gonzalez Ortega ordenó que tambien fuesen colocados en puntos cómodos y salubres de la ciudad «aquellos valientes», son las palabras de su parte oficial al Gobierno, «que habian llenado los deberes que tenian como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares». Dispuso además que se les tratase con toda consideracion y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba

la plaza. Por lo que hace á los heridos, fueron conducidos con el mayor esmero á los hospitales dispuestos para las mismas tropas sitiadas, puestos en camas bastante decentes, y atendidos con el mismo cuidadoso empeño que los soldados del Gobierno mejicano. Todas las cartas escritas así por los oficiales como por los soldados prisioneros bien á sus compañeros de armas que estaban en el campo sitiador, bien á sus familias en Francia, contenian frases honrosas respecto de las atenciones, finura, consideracion y sentimientos de humanidad de los sitiadores hácia sus prisioneros, que enaltecen ciertamente á los mejicanos (1).

(1) Hé aquí algunas de esas cartas que hablan muy alto en favor de los buenos sentimientos y de la cultura de los hijos de Méjico.

«Seccion de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mejicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de daros las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos: nuestro reconocimiento es tan grande cuanto puede sentirlo nuestro corazon. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido tambien la bondad de autorizarme para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento, que es la expresion del de todos mis compañeros.

»Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

»Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cuál ha sido la manera con que el ejército mejicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

»Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobacion un aviso que he redactado

1863. En la tarde del mismo dia 25 en que los
Abril. sitiados alcanzaron el triunfo referido, el general D. Jesús Gonzalez Ortega escribió una carta á Don Ignacio Comonfort, encareciéndole en ella la necesidad

con objeto de mantener la disciplina, si lo juzgaseis á propósito y conveniente, os suplico que me autoriceis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

»Esto no es mas que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

»Recibid, señor General en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento, y aceptad de todos nosotros las gracias mas sinceras.

»Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado)—*Blottd*, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.

»Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor General en jefe del ejército mejicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le dá las gracias con todo su corazon y á nombre de todos.

»Aprovecho tambien esta ocasion para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros que se encuentran en los establecimientos ú hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

»Cada uno debe considerarse feliz en medio de la desgracia de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitaros, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oido decir, que estabais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aun con mucho cuidado; demos las gracias todos á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

»Muchos de vosotros teneis heridas graves, hacedlas mas honrosas, mostrándoos en medio de vuestros sufrimientos con toda la energía y abnegacion de que seais capaces, aceptando vuestra posicion. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontrais. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen